

Alberto de Palacio y el puente de Vizcaya

LUIS PUEYO. Arquitecto

Los dichos, frases hechas, etc., son a menudo simples enunciados de problemas que, a fuerza de repetirlos sin la menor intención de resolverlos, se han convertido en "lugares comunes" con poder calificativo de vulgar para quien sobre ellos trate o se refiera. "Nadie es profeta en su tierra" plantea un importante problema que se comprende no haya tenido solución cuando se conoce la existencia de casos en los que se pleitea por inhumar en la fosa común las escasas excepciones que surgen en esta regla.

Alberto de Palacio es la excepción; vió su puente construído e inaugurado en presencia de S. M. la Reina M.^a Cristina. Sin embargo, hace poco se ha retirado su nombre del puente para sustituirlo por el del constructor, cuya condición de extranjero hace aún más perfecta y satisfactoria la aplicación del adagio en nuestro país. Pequeños resentimientos han crecido y desarrollado al extremo de hacer gustosa la renuncia de una paternidad conocida a cambio de una pobre revancha.

Triste, chico e inútil pleito. El paso de un hombre no se puede ocultar intentando borrar una de sus huellas. Palacio dejó las suficientes en este mundo para saberle capaz de concebir y proyectar el Puente de Vizcaya.

Nuestra Revista ARQUITECTURA saca a la luz sus obras más importantes con el aplauso de todos los que no nos conformamos con que los tópicos no tengan excepción y sean problemas insolubles.

Alberto de Palacio y una época

Alberto de Palacio Elissague había estudiado en la Escuela de Arquitectura de Barcelona. Polifacético y producto de un tiempo romántico, su curiosidad creadora le llevó a investigar en otros campos, otorgándosele otros títulos como médico o astrónomo, que no buscó ni exhibió. Ejemplo de su vocación son sus palabras: "Los más elocuentes discursos se disipan en el tiempo y en el espacio como las nubes de humo se disipan en el aire. El periodismo y el libro desaparecen con los años en los estantes de los archivos. Sólo el monumento arquitectónico, con su elocuencia muda y perenne, perpetúa la tradición de los hechos gloriosos de un pueblo."

Situado en este tiempo de exaltación de la mente humana, la figura del inventor surge, como el eslabón, entre la fantasía y la realidad, entre la investigación pura y la técnica aplicada.

Palacio no fué un artista puro como Gaudí ni un investigador puro como Cajal. Tampoco fué un financiero, pero grandeza creadora respira su obra y este aspecto es el que nos interesa. Tuvo visión de la realidad futura. Un buen ejemplo lo constituye la cubierta de la Estación de Mediodía (Atocha) de Madrid, una de las mayores luces de arco salvada sin

tirantes y auténtico alarde estructural en su tiempo.

Pero su mejor obra, que resuelve un problema técnico de envergadura con un planteamiento urbanístico y tratamiento formal de elementos estructurales de grandes dimensiones, es el Puente de Vizcaya entre Portugalete y Las Arenas que comunica las márgenes del río Nervión en una anchura de 160 metros y permite simultáneamente el paso de la navegación.

Bilbao ha tenido siempre el problema de comunicación entre las dos márgenes del río. El desarrollo industrial iniciado a finales de siglo motivó el aumento de la inmigración y la importancia creciente del puerto de El Abra, feliz concepción de Churrua. El cruce de la ría aún se efectúa hoy en día mediante barcas en determinados puntos. Palacio estudió todas las soluciones posibles en la embocadura sin obstruir la navegación, desde un túnel hasta un puente giratorio o un puente fijo elevado, pero la más económica y eficaz resultó ser la hoy existente: Barquilla de paso transportada a lo largo de un puente superior. La idea con toda su simplicidad era nueva, y éste sería el primer puente colgante del mundo.

Escasa idea podemos tener hoy de las dificultades y preocupaciones de Palacio con los problemas téc-